

María Zambrano

A propósito de la «grandeza y servidumbre de la mujer»

Sur, 150, Notas, Buenos Aires, 1947, págs. 58-68.

1. Gustavo PITTALUGA, *Grandeza y servidumbre de la mujer*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1946.

Un libro sobre la Mujer es una tarea arriesgada en estos momentos. Cada problema —es sabido— tiene su coyuntura histórica. ¿Acaso no ha pasado ya aquella en que la «cuestión feminista» fue debatida hasta la saciedad? ¿Acaso no está no sólo en el orden de las ideas, sino en el de la realidad cotidiana, resuelta para siempre?

Cada problema tiene su proceso: desde los tímidos intentos en que se presenta por primera vez, hasta su completa liquidación —si esto cabe en los asuntos de los hombres— pasa por diferentes etapas. De todas ellas, la más visible e inquietante es esa en que llega el encono, en que la pasión interviene hasta el paroxismo, hasta que la realidad en cuestión cede y se modifica; después viene un período de quietud y relajamiento en la atención de las gentes, en que muchos creen que todo ha terminado. Y sin embargo el que llega después, pronto ve y padece que no se trataba sino de una pausa debida a la fatiga y a esa necesidad de asimilación que tiene la conciencia y aún más la llamada subconciencia; porque todo necesita del tiempo y él es nuestro dueño.

Así con la cuestión femenina. Tras el debate y la patética guerra feminista que estalló en el mundo occidental tan paralelamente a la lucha de clases, ha sobrevenido este momento en que nos hemos encontrado viviendo las gentes de mi generación: ya estaba resuelto y hasta parecía un tanto extraño el que hubiese ocurrido tal debate. Y sin embargo, no era así. Es ahora, por el contrario, cuando la realidad social, política y económica ha abierto un hueco a la mujer, acogiéndola en «igualdad de condiciones que el varón» —al menos aparentemente—, cuando se impone y se necesita esa claridad última que solamente surge cuando las cuestiones prácticas están resueltas. Es ahora, aprovechando la tregua, cuando se hace posible y necesario mirar detenida, objetivamente la cuestión.

El libro del escritor y hombre de ciencia español Gustavo Pittaluga¹ viene, pues, con esa característica de las obras hijas de la inteligencia y de la gracia: oportunamente. La cuestión, resuelta de hecho, necesita ser aclarada, porque además no estamos seguros de que esté resuelta. No lo estará, como las principales cuestiones de la historia, enteramente y menos aún, si conformándonos con los hechos no intentamos una objetividad.

¿Habrá entrado la Mujer, es decir, la visión de la mujer por el hombre en la era de la objetividad? No podemos encararlo sin cierta melancolía. La objetividad adviene después de un desencanto. La realidad antes de constituirse en objeto ha sido enigma sagrado; como sagrado, foco de actividad sin límites, ser escondido que sólo accede a revelarse a «este mundo» en momentos extraordinarios. Lo sagrado se hace accesible en la gracia de la revelación instantánea, que irrumpe en un fondo de misterio que la revelación nunca acaba de desvanecer. La mujer ha sido realidad sagrada –y por lo tanto maldita–, algo próximo y familiar que no acababa de pertenecer a este mundo. «Este mundo» es, claro está, el del hombre. Ella, por su parte, sentía vivir más allá del mundo a los hombres, a los que contemplaba con más silencio e ironía de lo que ellos solían, por su suerte, percibir. El Romanticismo, uno de cuyos misterios centrales ha sido el de la Mujer, fue, sin duda, el postrer momento de esta situación en que hombre y mujer eran radicalmente «el otro», habitantes de diferentes planos de la realidad. Después, con el Positivismo y la Revolución que ha removido todos los estratos de la vida humana, la Mujer desciende a este mundo. Al reclamar su derecho al trabajo, no hacía otra cosa que pedir su puesto en este mundo, en el mismo plano de realidad que el varón.

Y así, pasado el «desencanto» y acabada la lucha, el enigma se ha convertido en problema; es justamente el momento de plantearlo como lo ha hecho el Dr. Pittaluga, con una serenidad lograda un tanto por inhibición: inhibición ante la fuerza mágica de la mujer que –confiamos– no dejará de vivir de algún modo aún después de su plena instalación en «este mundo».

Grandeza y servidumbre de la mujer lleva un subtítulo que define el tema del libro: *Situación de la mujer en la historia*: el primer título sería más bien el lema o el *leit-motiv*. Se trata, por tanto, de un libro de historia o más bien de Historiografía. Lo que se persigue no son hechos, sino algo mucho más delicado y difícil de captar y expresar: situaciones. Situaciones concretas de cada cambio histórico desde una genérica y más profunda: la de la mujer en toda la historia que se conoce.

Lo primero que debía hacer el autor era plantearse el problema esencial, no ya de la mujer en la Historia, sino de la Historia misma. Apoyándose en Dilthey y Vico mira el proceso histórico como un *feri* y no como el conjunto de los hechos ya cumplidos y acabados. Y justamente ahí es donde reside para Pittaluga la causa de que no haya sido valorada, ni conocida, la participación de la mujer en el quehacer histórico. Un punto central, tratado en las primeras páginas, fundamento filosófico de la obra, es la crítica de la idea de «naturaleza humana», cuyo contenido, «lo humano», ha correspondido exclusivamente al varón. Según la idea de «naturaleza humana» solamente se hallaban las notas que corresponden a lo que el hombre –la mitad del género humano– creía ser. Vista así la

historia, resultaba imposible que apareciera la acción de la mujer. Se trata, pues, de sorprender, en esta historia hecha por hombres en su parte más visible y trascendente, la actuación de la mujer. Y lo que se desprende —no sólo de la Introducción, osamenta ideal del libro— es que la acción primera y primaria de la Mujer tiene lugar en el comienzo mismo de la Historia, en los primeros pasos en que el varón se desprende de la vida nebulosa «natural» para afirmarse en lo que tiene de peculiar y humano. De todo el libro del Dr. Pittaluga se deduce que es ella, la Mujer, la creadora, o por lo menos la nodriza de la humanidad del hombre, del hombre como ser específicamente distinto del animal. De nuevo está en el *Génesis*, también ahora es esta visión objetiva.

Y es la Historia considerada en su génesis la que permite y hace visible la acción creadora de la mujer. Y así en la Introducción se establece lo que, sin duda por un pudor muy latino, no se ha alcanzado a nombrar «categorías» de la Historia. Quizá en este comedimiento haya actuado un tanto el hombre de ciencia que no quiere trascender demasiado las realidades. Pero le ha sido imposible rehuirlo y ahí están los trazos, las coordenadas de la Historia que hacen posible el conocimiento de la acción específica de la Mujer en ella. ¿Serán válidas nada más que para esta visión? De suceder así, quedaríamos con una historia tan parcial y mutilada como la otra, que sólo contaba las hazañas del protagonista varón. Por el contrario, esta tabla de categorías culmina en la «pareja humana», cuya unidad es la verdadera protagonista de la historia.

Autenticidad, Tiempo y Destino son los puntos centrales. El primero se enlaza con el sentido de los Valores que preside la visión histórica de Pittaluga. La mujer aparece —y ésa es la mayor audacia, creemos, de su pensamiento— como percibiendo los valores, sugiriéndolos, haciéndolos triunfar; en suma, haciendo que se hagan realidad. La mujer es la mediadora entre el reino de los valores y la modesta realidad social que se deja penetrar por ellos a través de los avatares y dramas de cada época. No sabemos que en el debate sobre la Teoría de los Valores, uno de los descubrimientos más decisivos de la filosofía contemporánea, nadie hubiera pensado en la mujer como agente más efectivo de su realización que alcanza tanta efectividad, no sólo por la riqueza de sus medios, sino por apego de su ser más íntimo, que corre parejo a su desinterés por las verdades.

La mujer percibe los valores y se desentiende de las verdades, cuya búsqueda ha sido la acción más masculina del varón, más exclusiva. La tesis que, a causa de la medida musical que preside el libro, no ha dado todas sus consecuencias, arroja una claridad deslumbrante sobre los enconos más profundos habidos entre el hombre y la mujer en nuestra cultura occidental. Así ha sido: el hombre se enamoró de la verdad, es decir, de la claridad y de la transparencia, de esa transmutación que la opaca realidad sufre cuando se reduce a objeto. Sócrates ha sido el más viril de los hombres, y su amor a la verdad sobre la vida

ha irritado a la mujer representada, sin duda, por la sagacidad de Platón en esa esposa indomable, hostil a la vocación de un marido al que ama por encima de sí misma y cuya muerte debió parecerle sobre manera fatal. En su llanto desgarrado brotaba toda la desesperación de la mujer que ve al hombre tomar un camino estéril y doloroso, incomprensible; que lo siente enajenado de su regazo, irremisiblemente perdido para ella.

Nadie se ha apiadado del dolor de Xantipa y sin que el Dr. Pittaluga la nombre en esta ocasión, es a ella a quien vemos redimida, al fin, justificada. No la verdad, sino la vida, y los valores, esas difíciles realidades que esperan y reclaman ser realizadas. Por ellos la mujer es *auténtica* y no sincera y se hace justificable hasta el heroico fingimiento que defiende un último valor auténtico. Sí, pero... ¿No resulta acaso apresurado, parcialmente vitalista esta escisión y casi oposición de la Verdad y el Valor? La fría, clara, invulnerable verdad hallada por la mente del varón, ¿no ha sido necesaria para la vida que, sin ella, jamás hubiera alcanzado verdadera humanidad? ¿Puede extirparse el *logos* de la vida que llegó hasta a hacerse carne porque, ella, la carne, lo necesita para resucitar? ¿La razón no es también alimento de la vida? ¿Y no es por la verdad, por lo que la vida alcanza o llega a punto de alcanzar eso que es lo más humano de nuestra vida: la libertad?

Una de las más finas y hondas visiones del libro es la que se refiere al sentido del tiempo. Había yo tenido el privilegio de escucharlo en una Conferencia dada por el autor hace tres años en el Lyceum Femenino de La Habana. Y he de confesar que no había escuchado nada más penetrante en cuanto a la visión de la mujer.

El sentido del tiempo es lo que define al hombre como tal, su conciencia y sentir del tiempo. Encontrar la sutil diferencia de este sentir entre el hombre y la mujer será el modo más certero de definirla, a lo menos de hacerla visible. Le hubiera pedido al libro un desarrollo mayor en este punto tratado con tanta sutileza, verdadero diagnóstico del alma de la mujer. Según él aparece sumergida en un casi constante «éxtasis» pues no siente el «antes» y el «después» tan claramente como el hombre; su tiempo es un presente, pura actualidad, diríamos, más allá de la memoria y del olvido.

Destino se refiere a la actualidad de la mujer ante la vida. Mientras el hombre *prevé*, la mujer *presiente*, dice el autor, con innegable acierto. El hombre pretende conocer para dirigir; la mujer, presintiendo, opera desde dentro, logrando modificar el curso de los acontecimientos del modo más profundo. Y aquí se hace inteligible esa vocación femenina persistente: la pitonisa, adivina, la mujer que se relaciona con el hado de modo íntimo y oscuro: la eterna Casandra.

La tesis de Fobenius sobre «culturas masculinas y femeninas» es examinada de modo perspicaz, situando en su verdadero valor, es decir,

en el de los matices y variaciones, sin la pretensión de constituir bloques definidos, estructuras cerradas.

Lógicamente, la visión de la mujer alcanza todo su esplendor en los capítulos que tratan de los tiempos de génesis, primero en esa maravillosa aurora del género humano que es la Prehistoria. Capítulo éste trazado con la más sabia arquitectura, en que con esa discreción que da el tono de todo el libro, se examinan las teorías acerca de la génesis del alma propiamente humana. Pues la cuestión que nos pone ante los ojos la Prehistoria es una de las más turbadoras que se pueden presentar; «¿qué era el hombre antes de ser humano?». El alma prehistórica lleva consigo su mundo, es decir, sus creencias de modo más ligado que las Edades Históricas. Cuando el hombre ha llegado a su Edad Histórica se distingue nítidamente de su medio y entonces se puede decir «yo y mi circunstancia». Pero el alma de los tiempos aurorales no se distingue de esa nebulosa que es su mundo; como las raíces de una planta que aún no ha erguido su tallo, tiene la tierra adherida hasta ser una con ella; vislumbrar en esa maraña es trabajo de escrutación delicada y más si se pretende captar en ella la acción creadora de la mujer.

Tarea difícil, de intuición comedida, sujeta a cautela. Y así presenta disimulando su originalidad la hipótesis de una Mitología prehistórica, en que capta un instante en que el alma se desprende de la magia y entra en la figuración creadora. La mujer aparece como la conductora del espíritu en estos tránsitos misteriosos y difíciles; la guía verdadera de este mundo subterráneo, tenebroso, que aspira a la claridad.

Otro momento de tránsito está tratado con idéntica maestría. Diríase que el autor posee una combinación de dotes felices para la comprensión de las épocas de metamorfosis en que el espíritu humano se desprende de una forma y crea otra: agonía y resurrección, agonía verdadera con todos sus esplendores y riesgos. La mujer cobra toda su magnitud en esos momentos de metamorfosis para eclipsarse en los tiempos de orden y seguridad. Tal sucede en el bellísimo capítulo titulado «Nacimiento de una cultura, de una civilización y de una fe». Y así la Mujer aparece a lo largo de todo el libro como una potencia, fuerza originaria, no cósmica, sino intermediaria que se revela y alcanza su valor en los momentos en que el hombre abandona un alma, un modo de ser para lanzarse hacia otro. La mujer desde más allá, desde «otro mundo» guía decisivamente las trasmutaciones de este mundo.

La imagen de una mujer mediadora, guía, se deduce del libro; no es una tesis, ni una *idea*, sino más bien una aparición que el lector encuentra en su ánimo una vez cerrado el libro. Aparición que muy pocas veces salta a la vista de un modo concreto, definido. Porque *Grandeza y servidumbre de la Mujer* pertenece a esa especie de libros musicales en los que la medida lo es todo: es una obra con número

y ritmo, y por tanto, algo secreta y misteriosa, cuyo sentido último está en la totalidad y en esos sutiles cambios de modalidad y tono; en los espacios vacíos también, en lo que no se dice, tanto como en lo que se manifiesta. A pesar de que lo sentimos así, hemos de notar ciertos silencios, y ausencias como ligeras fallas de una obra tan completa. Todas esas ausencias tienen lugar en los tiempos modernos, es decir, a partir del Renacimiento. Diríase que el libro se precipita y empobrece. Y aunque hay una poderosa razón: la imagen de la Mujer que el autor ha sostenido sin descanso, a esa razón cabe presentar algunas razones.

La «grandeza» de la mujer culmina en la Edad Media; es ella, según el autor, la «Edad Heroica de la Mujer». Y lo que no dice pero hace visible la Edad en que la mujer —contrariamente a lo que se cree— ha estado más ligada al espíritu creador masculino, ha sido más su *igual*. Después del Renacimiento en que se recoge en algunas espléndidas figuras femeninas toda la fuerza y la gracia de esa «grandeza» que se extingue, llega el siglo xvii en que, dicho más por el silencio, queda de relieve el empezar la época de «servidumbre», de la mayor servidumbre, que se va acentuando tan sólo interrumpida por la situación de la Mujer en América, es decir en el «Nuevo Mundo». Pero si es así ¿qué significa este progresivo apagamiento de la grandeza de la mujer en los tiempos modernos? La gravedad estriba en que el autor no nos ofrece una fe última, un porvenir para la mujer, en que no aparece lo que la mujer vaya a ser en esta difícil etapa de su historia que coincide con la mayor turbiedad histórica que se haya conocido. No cabe duda que la mujer está en el umbral de un mundo nuevo en el cual ha de recoger todos los intentos frustrados, todo el fracaso, diríamos de cierto tipo de mujer habidos en otras épocas. La grandeza se realizó, pero ¿y el fracaso? No sabemos cómo el autor piensa y siente al respecto, pero pocas cosas pueden afirmar más la fe en un ser, en una cultura, como sus intentos fracasados, como los proyectos deshechos y abatidos, pues en ellos reside el germen de una nueva forma de vida que prematuramente cayó al suelo, y que puede y debe intentar su realización. Hubiésemos querido que el autor de un libro tan perspicaz y sabio —de vieja sabiduría— hubiera ido recogiendo a lo largo de sus páginas el fracaso de ciertas mujeres desventuradas, o mal entendidas, de ciertas figuras ambiguas o espléndidas que en su mismo esplendor comportaron un fracaso para, lanzándolas al porvenir, recoger de ellas la fe en una mujer no habida del todo.

Ningún ser más fracasado que ciertos tipos de mujer, (en esto tenían razón las feministas); ningún ser más cargado de futuro por tanto. Y si el futuro de la especie no está en la Mujer, no reside en parte alguna. En esto sí que estamos de acuerdo con el sentido último del libro. Pero si es así, y el autor ha tenido esa visión, delicada y tenazmente a lo largo de sus páginas, del laberinto intrincado de la historia, no apuntar al porvenir de la mujer, a la Mujer que ha de venir, es tanto como no apuntar al futuro del género humano.

Y es que hay un problema pavoroso que el autor ha soslayado: ¿puede la mujer ser «individuo» en la medida en que lo es el hombre? ¿Puede tener una vocación además de la vocación genérica sin contradecirla? ¿Puede una mujer, en suma, realizar la suprema y sagrada vocación de la Mujer siendo además una mujer atraída por una vocación determinada? ¿Puede unir en su ser la vocación de la Mujer como una de esas vocaciones que han absorbido y hecho la grandeza de algunos hombres: Filosofía, Poesía, Ciencia, es decir puede crear la Mujer sin dejar de serlo? El precio de la creación del hombre ha sido muy alto y sus condiciones muy rigurosas: soledad, angustia, sacrificio. La mujer ha ofrecido su sacrificio permanente sin traspasar el lindero de la «creación». ¿Le será permitido hacerlo; podrá arriesgarse en un nuevo sacrificio sin arriesgar la continuidad de la especie, sin dejar de ser la gran educadora y guía del hombre?

Tales son las interrogaciones que la lectura del libro *Grandeza y servidumbre de la mujer* deja en el ánimo. El que así suceda testifica la lealtad y lucidez de sus páginas, pues tales preguntas son las que acongojan el ánimo de cualquiera –varón o mujer– que mire con valor la realidad actual; son las incógnitas que la situación de la Mujer presenta en esta hora tan ambigua, problemática, de la Historia. El Dr. Pittaluga no las ha acometido de frente y pensamos que no sea por azar; tal vez se haya propuesto no apuntar tan siquiera al porvenir, presentar lúcidamente el pasado como un dato inevitable, como una llamada que la conciencia lúcida hace a la fe o a la desesperanza. Por ello es un libro típico de inteligencia y claridad, de esa luz que no ofusca ni deslumbra y que ha dejado caer suavemente sobre algo delicado en extremo: las entrañas de la Historia.

La Habana, 30 de agosto de 1946

